

Lectura

La concha del sapo

Catalina Fernández (Fernández, 1997)



Una mañana llovía tan fuerte en el río, que los animales estaban escondidos en sus casas.

El único que andaba afuera era el sapo, pues cuentan por ahí, que hace tiempo tenía una concha, que lo protegía del agua y del sol.

El sapo buscaba con quien platicar, cuando vio al cangrejo debajo de unas piedras. -¿qué haces escondido? Vamos a caminar - lo invitó.

-No quiero mojarme - le contestó el cangrejo. -Ándale, acompáñame - insistió el sapo. -bueno, pero préstame tu concha para no mojarme. -¡Ah, no! - dijo el sapo

y siguió caminando. El cangrejo fue detrás de él repitiendo: - ¡Préstamela, sólo un ratito! - No te la presto, mejor métete junto a mí. Entonces el cangrejo trato de entrar a la concha, pero sólo le cupieron las patas. Trataron de caminar pero no pudieron. -Aquí no cabemos los dos - dijo el sapo - tienes que salirte.

Cuando estuvo afuera, el cangrejo insistió: -¡Por favor, préstamela para dar una vuelta!

Un poco desconfiado, el sapo le dio su concha y le advirtió: -Pero no te tardes.

Al cangrejo le gustó mucho la concha. Por eso, al regresar, inventó que se había atorado en ella. -Ya no me la puedo quitar - dijo.

-Lo que pasa es que no me la quieres devolver - gritó el sapo, jalándolo tan fuerte que resbaló y cayó al agua.

El cangrejo aprovechó la oportunidad para salir corriendo con todo y concha. Aunque el sapo lo buscó por todos lados, nunca lo encontró.

Desde ese día, cada vez que llueve, el sapo sale a cantar a la orilla de los ríos, esperando que el cangrejo regrese a devolverle su concha.

Bibliografía.

Fernández, C. (1997). La concha del sapo. En C. Fernández, La concha del sapo (pág. 16). México: Consejo Editorial de Fomento Educativo.